

## Reflexiones sobre una nueva pedagogía

Francisco Imbernón

Publicado en Diario de la Educación el 11/11/2019

Estos días ha habido un congreso en la universidad de Barcelona (IRED19 <http://www.ub.edu/ired19/en/home-eng/>) dónde he escuchado a autores reconocidos sobre pedagogía crítica. Y, posiblemente, añadiendo las situaciones actuales de revuelta en varios contextos (Chile, Bolivia, China, Ecuador, Siria, Turquía, Cataluña, etc.) me ha llevado a hacer algunas reflexiones sobre la situación actual de la educación.

En las conferencias del congreso se mencionaba la recuperación del pensamiento y el conocimiento crítico, la emancipación como proceso imprescindible a desarrollar en la educación, la lucha contra el colonialismo cognitivo, el patriarcado, la dominación epistémica y ontológica de parte de la humanidad por el poder del capitalismo sin tener en cuenta la dignidad de las personas. También el retroceso ideológico reaccionario desde la revolución francesa con los famosos conceptos de libertad, fraternidad e igualdad. Retroceso que nos trae al regreso de lo que se denominó antiguo régimen. Recordemos que la Revolución francesa pretendía educar nuevas generaciones en los ideales revolucionarios con una escolarización obligatoria y gratuita y el acceso de todos los ciudadanos a los beneficios de la educación, y no únicamente los que podían pagarse la enseñanza de forma privada. Y el profesorado era seleccionado a través de pruebas, basadas en los méritos intelectuales y no en las ventajas del nacimiento o la fortuna. Con una perspectiva laica de la enseñanza.

Y ahora, este retroceso con ideologías neoconservadores o algunas de cariz fascista, están influyendo en la educación, delante, muchas veces, de un silencio o de una incomprensión cuando no de una complicidad de algunos que pueden ver la educación como un negocio, como un gran mercado y como el deseo implícito de influencia ideológica de dominación y sumisión ciudadana.

Y me trae a pensar qué podemos hacer para conseguir un rearme moral, ético e intelectual desde posturas educativas críticas pero constructivas, para recuperar el que vamos soñando o el que se ha conseguido con las luchas y se va perdiendo despacio, pero de forma implacable. Como recuperar las ganas de cambiar a fondo y potenciar el protagonismo que se merece el colectivo de enseñantes.

Y no hablo de estrategias innovadoras, de la pasión por el cambio metodológico o de introducir novedades técnicas, sino ser capaces de ver más allá de nuestros límites como educadores. De salir de la frontera donde adentro podemos estar muy instalados y hacer muchas cosas interesantes pero que se quedan dentro de nuestro círculo.

Hablamos, como se dijo en el congreso, sobre una nueva comprensión del mundo para ayudar a transformarlo (también fue la palabra de un excelente ponente); de cómo introducirnos en el análisis sobre las diversas formas de desigualdad y opresión que cada

día van en aumento, tanto a la escuela como en la sociedad. También plantearnos la militancia pedagógica y la acción solidaria como un importante reto para desarrollar una nueva cultura profesional alternativa del profesorado, para trabajar por una nueva práctica educativa y social.

Apareció en el Congreso la referencia (después de tanta referencia y empacho anglosajón) del trabajo de Paolo Freire y el embate contra él en Brasil. Freire siempre será un referente que ayuda a analizar la falacia de la neutralidad escolar, para construir una noción de la educación más politizada, y para desarrollar una pedagogía de la resistencia, de la esperanza o de la posibilidad. La denuncia y la anunciación de nuevas alternativas son dos procesos inseparables en la educación según Freire. Superar el miedo que decía un ponente y trabajar la esperanza.

Son tiempos de analizar las contradicciones y una determinada visión de la educación mercantilista y productiva que reproducen los discursos, valores, y privilegios de los que tienen el poder real o mediático. Y denunciarlas y buscar alternativas de cambio hacia una educación más liberadora de ciudadanos libres y comprometidos con el cambio social y no súbditos.

Pero crear una forma diferente de ver la educación es salir, como mencionaba antes, de las fronteras de la sumisión a ideas de otros, de ir más allá de nuestros límites impuestos, a veces sin querer de forma implícita, por la formación o por el sistema educativo que nos rodea, o por nosotros mismos. Y sin olvidar la importancia de hacerlo colectivamente, convertirse, como dijeron varios filósofos, en intelectuales colectivos y no en receptores pasivos de las ideas aceptadas sin rigor ni análisis crítico. Huir de los que pregonan volver a lo que es básico, se tiene que enseñar así, la democracia es culpable, se han perdido los valores, tenemos que separar al alumnado, etc. que han vuelto aparecer con más fuerza (políticos e intelectuales educativos orgánicos muy situados de ciertos partidos estatales, autonómicos o grandes corporaciones). Estos se enorgullecen de su elitismo academicista o del poder político y económico, que los trae a considerar ciertas cosas mejores que otras: por ejemplo, la Universidad como cumbre del conocimiento formativo, la desconfianza en el profesorado, el desprecio a los movimientos sociales, el discurso teórico no riguroso como parangón del intelectual y la tradición cultural occidental como superior y única, obviando otras identidades y aportaciones culturales.

El congreso emitía razones y fuerzas para un rearme profesional del profesorado y de la educación que se ha de oponer frontalmente a cualquier manifestación explícita u oculta de la racionalidad de ciertas políticas educativas, de contenidos curriculares o en las formas de gestión y control técnico y burocrático de la educación. Y revisar la legitimación oficial del conocimiento escolar reaccionario hoy en día, tan defendido por la derecha conservadora, y tratar de poner en contacto los estudiantes con los diversos campos y vías del conocimiento, de la experiencia y de la realidad. En este sentido, es necesario ser sensible a las tradiciones y valores de las minorías étnicas y culturales.

En fin, el congreso abrió una ventana donde entraba aire fresco, puesto que revisó la

finalidad de la educación hoy en día y la posibilidad de romper formas de pensar y actuar que lleva a analizar el progreso de una manera lineal y no permitiendo integrar otras identidades sociales, otras manifestaciones culturales de la vida cotidiana, y otras voces secularmente marginadas, provocando la exclusión social y el aumento de la pobreza de grandes capas de la población.

Y continuar luchando (la lucha también fue un concepto que fue apareciendo) para buscar nuevas alternativas de una enseñanza más democrática y participativa, donde se trabaja la dignidad como instrumento fundamental educativo (justicia cognitiva y trato como humanos). Una educación donde se comparte el conocimiento con otras instancias socializadoras que están fuera del establecimiento escolar. Y nuevas alternativas menos individualistas y funcionalistas, sino más basadas en el diálogo, en la autoemancipación docente y colectiva entre todos aquellos que tienen algo que decir a quienes enseñan y aprenden.